

## PREFACIO

La finalidad de este trabajo es definir la postura, o, si cabe, las posturas sucesivas de Dante con respecto a la filosofía. Se trata, pues, de conocer la naturaleza, la función y el lugar que Dante asignaba a este conocimiento entre las actividades del hombre. No es nuestro propósito señalar, clasificar y catalogar las numerosas ideas filosóficas de Dante, y menos aún buscar las fuentes o determinar las influencias doctrinales que han actuado en la formación de su pensamiento<sup>1</sup>. Esos son importantes problemas, ya parcialmente estudiados y sobre los cuales no pasa un solo año sin que excelentes eruditos nos enseñen algo nuevo; pero nuestro problema es demasiado diferente de aquellos, por lo

---

<sup>1</sup> Se puede sostener que el problema de las fuentes de Dante debería ser retomado en conjunto y discutido como un prolegómeno a toda interpretación de su pensamiento. Se encontrará esta tesis defendida en Bruno Nardi, *Sigieri di Brabante nella Divina Commedia e le fonti della filosofia di Dante*, editado por el autor, Spinato (Pescia), 1912; extraído de la *Rivista di filosofia neoscolastica*, abril y octubre 1911, febrero y abril 1912. Allí, el autor ataca las tesis de Cornoldi, Mandonnet y algunos otros, que reducen el pensamiento de Dante a un tomismo casi puro. Su método consiste en recoger los pasajes de la *Comedia* que testimonian la presencia de influencias extrañas al tomismo, por ejemplo: el agustinismo, el avicenismo e incluso algunos rastros de averroísmo. La interpretación que hace B. Nardi de esos textos ha sido discutida por G. Busnelli, S. J., "La cosmogonia dantesca e le sue fonti", en *Scritti varí pubblicati in occasione del sesto centenario della morte di Dante Alighieri*, (cit. *Scritti varí*), Vita e Pensiero, Milano, 1921; pp. 42-84. La conclusión de Busnelli es que Dante fue tomista y que tiene tanto derecho a ese nombre como cualquier otro miembro de la misma escuela (pp. 83-84). Después han sido hechas algunas reservas sobre ciertas interpretaciones del mismo P. Busnelli en P. Mandonnet, *Dante le Théologien. Introduction a l'intelligence de la vie, des oeuvres et de l'art de Dante Alighieri*, Desclée De Brouwer, Paris, 1935, pp. 246-252. Se une a esos trabajos el de E. Krebs, "Contributo della scolastica alla relazione di alcuni problemi danteschi", en *Scritti varí*, pp. 85-96, que subraya las influencias platónicas, y muchos otros estudios recogidos en el importante volumen, sobre el que volveremos, de Bruno Nardi, *Saggi di filosofia dantesca*, Società anon. editr. Dante Alighieri, Milano-Roma, 1930-VIII. Ese mismo libro es completado por Bruno Nardi, *Note critiche di filosofia dantesca*, L. S. Olschki, Firenze, 1938-XVI. Todos esos trabajos han sido útiles y deben ser continuados. Sin embargo, queda lugar para plantearse otro problema, el de la postura de Dante con respecto a la filosofía en general, y del lugar que le asigna entre las diversas actividades del hombre, sobre todo la política y la religión. Yo no reclamo ninguna prioridad para este otro problema; solamente digo que es otro, y que requiere otro método, más próximo al análisis doctrinal que a la investigación sobre las fuentes exigida por el primero.

que requiere un método específicamente diverso del que se les aplica. Sin duda, tanto aquí como allá, lo primero debe ser el análisis de los textos; pero nosotros conservaremos de ellos menos la materia que contienen, es decir, la filosofía que formulan<sup>2</sup>, que lo que nos enseñan sobre la *manera* en que Dante ha concebido la filosofía y sobre el *uso* que ha hecho de ella. Por cierto, es ahí, salvo que nos equivoquemos, donde reside su verdadera originalidad filosófica.

Las circunstancias que nos han inducido a estas investigaciones sólo tienen un interés anecdótico y el lector no ganará nada conociéndolas, pero tiene derecho a algunas explicaciones sobre la forma en que las hemos llevado adelante. Leer a Dante es un gozo. Escribir sobre Dante es un placer, ya que no se puede escribir sobre él sin releerlo con mayor proximidad; pero el esfuerzo necesario para explicar lo que se comprende es mucho más difícil, porque se puede dudar entre dos formas de hacerlo, cada una de las cuales tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La primera consiste en decir simplemente lo que se comprende de Dante, sin complicarse con lo que otros puedan haber escrito sobre ese asunto. Se obtienen, así, libros cortos, simples, a los que no se les priva de una cierta elegancia, y de los cuales, cualquiera que sea su valor, hay esperanzas de que no sean demasiado repelentes para el lector. Desdichadamente, esta forma de actuar no es ni muy honesta en sí misma, ni muy fecunda en resultados durables. Nadie que hable de Dante lo hace sin recordar lo que ilustres comentadores han dicho al respecto antes que él. Hay, pues, una deuda que reconocer, y ¿cómo hacerlo a no ser que nos dediquemos modestamente a seguirla, es decir, a confesar su diálogo con ellos en lugar de fingir un aislamiento que, por otra parte, nadie puede creer? Además, a no ser que se escriba uno de esos libros cuya aparente originalidad encubre tanta arbitrariedad, y que sólo se dirige a un público indefenso, ¿cómo tomar posición, hoy, sobre un problema cualquiera relativo a Dante, sin que el lector advertido recuerde otras soluciones que parecen descalificar anticipadamente la que se le propone? Pasarlas por alto en silencio lleva a no probar la propia tesis. Reproducir las para discutir las, una tras otra, es una tarea infinita, fastidiosa y cuyo resultado más claro es ahogar a Dante en tal masa de datos extraños a su obra, que el autor y el lector terminen sin saber de qué ni de quién se habla.

Inevitablemente, ha sido necesario buscar un compromiso entre esos dos métodos, es decir, elegir, entre las interpretaciones de Dante que se podrían discutir, aquéllas cuya verdad habría implicado directamente la falsedad radical de la nuestra. En primer plano, se encontraba la tesis general sostenida por P.

---

<sup>2</sup> Se encuentran útiles indicaciones sobre ese problema en el trabajo de M. Baumgartner, "Dantes Stellung zur Philosophie", publicado en *Dante-Abhandlungen*, Görres-Gesellschaft, Cologne, 1921, pp. 48-71; y siempre será interesante releer A. F. Ozanam, *Dante et la philosophie catholique au XIII<sup>e</sup> siècle*, en el vol. VI de sus *Oeuvres complètes*, Paris, 1872-1881.

Mandonnet en su *Dante le Théologien*. Por consiguiente, se la encontrará discutida con una insistencia que, temo, muchos considerarán desagradable. Sin embargo, quien ha leído este libro sabe muy bien que todo se sostiene y que es necesario destejer punto por punto el tejido apretado de sus argumentos, si se pretende que lo que parece ceder en un punto no se sostenga todavía por mil hilos que lo unen a todo el resto. Por lo menos permítaseme decir que lo que podría parecer un exceso de controversia es, de hecho, únicamente lo que se ha creído que era imposible de eliminar sin renunciar a justificar la interpretación de Dante que ese libro propone. En cuanto a esta misma interpretación, sería fácil imaginar otra tan simple que se adapte a los mismos textos, tomados en su sentido obvio y con la misma economía de interpretación. Puesto que aquí se trata de Dante, no podemos olvidar que el objeto de este estudio es uno de los más grandes nombres de la historia de la Literatura; pero puesto que son sus ideas las que están en discusión, ha sido necesario definir las con el rigor, a veces minucioso, que requiere el análisis de las ideas. Un filósofo que habla de Letras, frecuentemente carece de gusto, pero un literato que habla de ideas carece, con frecuencia, de precisión. Ayudándonos los unos a los otros, quizá nos acerquemos más a ese estado de gracia en el que, a medida que mejor se comprende, más se ama, y en el que se comprende tanto mejor cuanto más se ama. Los grandes escritores no esperan menos de nosotros, puesto que sus ideas forman parte de su arte, y su misma grandeza consiste en que lo que dicen permanece, después de ellos, inseparablemente unido a la manera en que lo han dicho.

\* \* \*

Es obvio, pero quizá convenga decirlo, que este libro no se presenta como la obra de un especialista en Dante. Amar una lengua extranjera, incluso hasta el punto en que yo amo el italiano, no equivale, desgraciadamente, a saberla. Habiendo trabajado sólo con el conocimiento de la lengua italiana indispensable a todo historiador francés que se respete, he debido cometer errores; me disculpo por ellos, y especialmente por los más desagradables: los que pude haber cometido pretendiendo corregir a personas más competentes que yo. En cuanto a la inmensa literatura sobre Dante, no puedo pensar en ella sin una especie de vértigo. Es imposible abrir una revista italiana sin decirse: ¡otro libro, otro artículo que hubiera debido leer antes de pronunciarme sobre esta cuestión! De este océano de comentarios, tengo la impresión de haber recorrido vastas extensiones, pero sé que lo que conozco sólo es un punto en relación con el todo. Razón de más para agradecer aquí a los maestros italianos sin los cuales yo no hubiera podido, no solamente terminar este trabajo, sino incluso abordarlo. Si no temiera que se les hiciera responsables de mis insuficiencias, me

gustaría decir todo lo que mis estudios sobre Dante deben a los sabios eruditos cuyos trabajos me han servido de guía: F. Neri, cuyas *Lecture dantesche* me han revelado, hace tiempo, lo que es para un italiano comprender a Dante; también Luigi Pietrobono, Francesco Ercole y Bruno Nardi, cuyos libros nunca han abandonado por mucho tiempo mi mesa mientras escribía.

Pero debería, sobre todo, hablar de un maestro, que lo es incluso entre los maestros: Michele Barbi, cuya inmensa erudición, finura de espíritu y rectitud de juicio, con tanta frecuencia, me han instruido sobre lo que ignoraba, me han puesto en guardia contra los errores que iba a cometer o me han corregido los que ya había cometido. A veces se encontrará su nombre al pie de las páginas que siguen, pero con menor frecuencia de la que debería aparecer, y cumplo con decir que, aun cuando me separo de él, es a él a quien debo el haber osado hacerlo. Ninguna circunstancia, que yo conozca o que pueda temer, podrá liberarme de esta deuda de gratitud, ni del deber de publicarla.